

**PREGÓN DE LA  
SOLEDAD**

**CASTILLEJA DE LA CUESTA**

**IGNACIO MONTAÑO JIMÉNEZ**

**Plaza de Santiago, 27 de Marzo de 2003**

## **I.- INTRODUCCIÓN**

El saetero apretó su mano abierta contra el pecho, entornó los ojos y con voz limpia y poderosa fue desgranando, en el aire de la madrugada, el cristal de su martinete:

Como no tengo “na” que ofrecerte  
mi vida, que es mi fortuna,  
Soledad yo doy por verte.  
¡Que desde mi humilde cuna  
me enseñaron a quererte!

La voz, de Castilleja; el balcón y el paso, de Alcalá del Río; el homenaje, a la advocación mariana más extendida de la Semana Santa de todos nuestros pueblos, a la Soledad de Nuestra Señora.

Escuchaba personalmente por primera vez a Luis Cabrera; él no alcanzaba a ver la cara de la Santísima Virgen, oculta tras las bambalinas del palio de las Hermanas Antúnez. Pero cantaba a la Soledad y le cantaba con un corazón soleano. Un soleano más en medio de tantos soleanos. Y aquello llegaba al alma.

Como aquí y ahora, cuando la generosidad de mis hermanos de Castilleja me ofrece el honor de pregonar las grandezas de María, la Virgen. Yo también me siento emocionado ante la Madre común, un soleano más entre vosotros; y aunque tampoco tengo nada que ofrecer a la Reina de la Soledad, aquí traigo envolviendo los latidos de mi corazón, estos pobres versos que son mi fortuna.

Aquí me tienes, Señora, con la saeta del Arcángel Gabriel, con el canto gozoso de un Avemaría. ¡Deja que suba mi voz hasta el altar de tus plantas!

Dios te salve, María,  
llena eres de gracia.  
Castilleja te reza  
por bienaventurada  
con la voz de un piropo  
y el temblor de una lágrima.  
María, ¡Madre nuestra!  
¡fulgor de la mañana!  
¡la más guapa entre todas!  
¡la mejor soleana!  
El señor es contigo.  
Fue contigo en tu entraña  
cuando Dios se hizo carne  
temblorosa y humana.  
Fue contigo en los juegos  
de su primera infancia

cuando, Niño Jesús,  
agarrado a las faldas  
aprendía en tus labios  
el calor de una nana.  
Fue contigo en Caná  
al convertir el agua  
en el vino más limpio.

Fue contigo en la entrada  
del Domingo de Ramos  
de palmeras y hosannas.  
Fue contigo en la Cruz:  
junto a la Cruz estaba,  
dolorosa, la Madre;  
en su pecho, una espada.  
Y en el descendimiento  
fue contigo. Llorabas  
cuando el Dios hecho hombre  
se te quedó sin alma  
y tu piedad de Madre,  
como un río de amarga  
Soledad, se hizo senda  
de salvación humana.

Soledad, ¡la bendita  
entre todas, la santa  
entre todas, la madre  
entre todas! Jugabas  
tan niña y tan hermosa  
en Nazareth. Y al alba  
el Arcángel Gabriel,  
un revuelo de alas  
con la voz del Altísimo,  
saludó tu esperanza:  
“Dios te salve, María

llena eres de gracia,  
el Señor es contigo  
benditas tus entrañas  
y bendito es el fruto  
de tu vientre sin mancha”.  
Santa María, Madre  
de la Iglesia, te aclaman  
tus hijos soleanos,  
tus hijas soleanas;  
ruega por nuestras cosas,  
pide por nuestras almas  
pecadoras al Padre.

Y un río de alabanzas  
se mezcle con la cera  
de las velas rizadas  
en tu paso de palio  
de la eterna morada,  
ahora y en la hora  
de nuestra muerte santa,  
¡Símbolo de pureza,  
celestial Generala,  
Madre de Castilleja  
y esplendor de la Plaza!  
¡Soledad, Dios te salve,  
llena eres de Gracia!

## **II.- SALUTACIÓN Y GRATITUD**

Sr. Cura Párroco.

Sra. Alcaldesa.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de la Soledad de Castilleja de la Cuesta.

Dignísimas Autoridades.

Representaciones de otras Hermandades y Cofradías.

Cofrades de Castilleja.

Queridos amigos todos.

Gracias por vuestra presencia, gracias a quienes me designaron pregonero para cantar a la Reina soleana; gracias a mi presentador por sus cariñosas y exageradas palabras; muchas gracias a todos.

### **III.- UN PREGONERO SOLEANO**

Cada año, con la puntualidad de los acontecimientos que conmemora la liturgia, llega a los ojos cristianos de Castilleja la manifestación pública más sentida del misterio de su fe: la representación en sus calles de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, y de la amarga Soledad de su Santísima Madre.

Y cada año Castilleja busca una voz costalera que proclame la levánta del paso de esta fe sobre la emoción de su gente, la fe soleana de cinco siglos ante la efigie portentosa de Nuestra Señora de la Soledad.

Y cada año, alguien se atreve a oficiar en nombre de todos esta exaltación que trata de mostrarnos a María, junto a la Cruz, como Madre nuestra y como modelo de Vida.

Stabat Mater dolorosa  
juxta crucem lacrimosa.

Este año vuestra generosidad ha querido fijarse en alguien que no cuenta con el aval de haber nacido ni de vivir en Castilleja, pero que comparte con vosotros idéntico sentimiento soleano, el amor a la Madre de la Soledad.

Y por si la antigüedad es un grado, sólo quiero exponer a mi favor el argumento de haber vestido la túnica de nazareno soleano los sesenta y seis años de mi vida, sin faltar nunca a la cita anual de la Madre,

“Soledad, sólo por verte,  
que desde mi humilde cuna  
me enseñaron a quererte”.



#### **IV.- LA SOLEDAD DE CASTILLEJA**

Cuenta la historia de nuestras Hermandades cómo las imágenes de la Santísima Virgen que durante la Semana Santa expresaban los sufrimientos de la Madre por la Muerte del Hijo, apenas repicaban a gloria las campanas de la Resurrección, se adornaban con un rostrillo que transformaba su aspecto. Y así, leemos junto a la advocación de Nuestra Señora de la Soledad el estribillo “con alegría” frente a la expresión “con pena” de la Cuaresma.

Partiendo de esta doble significación, el pregonero no conoce efigie alguna que pueda compararse a esta Soledad nuestra de Castilleja, que junto a su pena de Viernes Santo, nos muestra su alegría: allá por las Jornaditas que preceden a la Navidad; y con su atuendo de Pastora por las fiestas de Santiago; y como Virgen de los Reyes en la plenitud de Agosto; y ya para siempre como Generala de los cielos del Aljarafe, desde aquella solemne y emotiva imposición del fajín en el otoño pasado.

En su divina hermosura caben tanto la Esperanza del Adviento, como la dedicación maternal de la Pastora y la Realeza Celestial de su poderosa mediación; pero, sobre todos los sentimientos prevalece y aflora la Soledad de su corazón al pie de la Cruz y detrás del Sepulcro en las tinieblas del Viernes Santo.

Por eso, vaya por delante este primer recuerdo de la Madre soleana, en la plenitud de su amor y de su entrega, tras el Entierro Santo del Señor de los Remedios.

Sale por nuestros recuerdos  
la Soledad de la Plaza,

una bulla de claveles  
acaricia su peana  
mientras la candelería  
de fuego y la cera blanca  
dan resplandor a la gloria  
que se refleja en su cara.  
Va por la calle de Enmedio,  
altos varales de plata  
y un son de campanilleros  
en la “descansá” más larga.  
Al llegar a García Junco  
sus balcones se engalanan,  
y Carmelita Luis,  
que desde el cielo le canta,  
hace oración su “quejío”  
por seguirillas gitanas.

Como de cristal antiguo  
un escalofrío remata  
la saeta que dejó,  
con su muerte, inacabada.  
“Madre de la Soledad,  
de Castilleja la palma,  
¡cómo me duele la pena  
que brota de tus entrañas!”.  
Y si reza la saeta  
el credo de una garganta

y la entrega de esa mano  
que también con fuerza canta,  
otro piropo de esfuerzos  
pone su gloria más alta,  
que “al Cielo con Ella, al Cielo”  
dice una voz capitana  
y el hombro y el corazón  
hasta el cielo la levantan.  
Por la calle del Convento  
sube de nuevo a la Plaza  
mientras alargan las sombras  
la luz de la madrugada,  
y al reflejarse su paso  
en la cal de las fachadas

se nos queda su silueta  
como una dulce medalla.  
Ya está de vuelta en el Arco  
la celestial generala,  
mientras alzan su oración  
hacia la Reina más guapa  
Garcías y Carriones,  
Beltranes y de la Palma,  
Ortiz, Castros y Pachecos,  
Cabreras, Vázquez y Estradas,  
Oliver, Chaves, Torreños,  
Rosales, Prietos y Tapias;  
Cansinos, Tovares, Canos  
y tantos hermanos, tantas

devociones de familia  
con su Madre soleana.  
Y cuando suenan acordes  
emotivos de una Marcha  
Real y vuelve la Virgen  
al silencio de su casa,  
parece oírse el anuncio  
de la voz entrecortada  
de Carmen la de Cecilia  
con un nudo en la garganta,

que entremezcla la alegría  
con el sabor de las lágrimas  
y da un viva ilusionado  
que el sentimiento desgarrar:  
“¡Viva la Madre de Dios,  
mi Soledad de la Plaza!”.

## **IV.1.- La Soledad “con alegría”**

Y junto a esta Soledad plena del Viernes Santo y antes y siempre, la Soledad “con alegría”.

Así, por Adviento, camino de Belén, salgamos a la emoción de las Jornaditas buscando también nosotros una estrella que nos alumbre, que nos permita encontrarnos con Dios, encontrarnos con nosotros mismos y encontrar al hermano. Y encontrarlo todo en la noche de los ojos de la Madre que el mismo Dios comparte con nosotros, en la Estrella luminosa de la Soledad de la Plaza.

Mirad en el Altar Mayor los distintos pasajes del camino de María y de José hacia Belén de Judá. Durante nueve días nos vamos acercando al Nacimiento del Niño Dios. La Virgen, si guapa está sobre el pollino, más lo parece sentada junto al pozo o calentando la comida; ¡ y qué decir de su plenitud de Madre contemplando al Niño en el pesebre!

Apenas rubriquen las campanas de Santiago el canto jubiloso del “Gloria in excelsis Deo” y se descorran las cortinas, aparecerá ante nuestros ojos la misma escena que contemplaron los pastores hace más de dos mil años, porque

los pastores son  
los primeros que en la Nochebuena  
fueron a cantarle al Niño de Dios.

Sin duda alguna el cambio, la conversión que necesitamos para vivir con autenticidad cristiana como hijos de la Virgen de la Soledad, sea hacernos como estos pastores: humildes, sencillos, obedientes a la llamada de Dios.

Pastores que en la sociedad judía eran considerados indignos y ladrones, que no eran aceptados como testigos en los juicios y a quienes todos marginaban, y que sin embargo son los primeros en el Reino de los Cielos. Y la bendita Virgen de la Soledad, bendita no sólo porque llevó en su vientre al Creador y lo amamantó a sus pechos, sino porque oye la palabra de Dios y la pone en práctica, se viste de pastora por las Fiestas de Santiago para ser, como siempre, el modelo a seguir en nuestras vidas. Pastora la más humilde: porque vio Dios la humildad de su esclava, la llamarán bienaventurada todas las generaciones. ¡Buen camino para llegar a cuanto Belén significa, éste de saberse humilde y ponerse en las manos de Dios!

De alguna forma, el sentimiento de alegría sobreabunda sobre la pena, incluso cuando se conmemora la muerte del Señor. Quizás sea un anticipo del Gozo de la Resurrección que nos anuncia la llamada del Señor de los Remedios en nuestros corazones, buscando nuestra propia resurrección a una vida en Gracia, lejos de la muerte del pecado.

Cristo quiere que resucitemos con Él y nos llama a la conversión, para vivir la auténtica alegría de los hijos de Dios.

Llama Dios a mi postigo.  
¡Dios está aquí! Dios visita  
mi corazón, pide cita  
con su corazón de amigo.

Dios quiere vivir conmigo  
su Muerte y Resurrección.  
Y cuando se hace Pasión  
su presencia junto a mí,  
siento que Dios está aquí  
dentro de mi corazón.

Mi corazón, urna viva  
del Señor de los Remedios,  
abre a sus firmes asedios  
tanta esperanza cautiva.  
Y con su oración derriba  
las barreras del pecado:  
¡Rompe Señor lo sellado  
que tanta muerte refleja,  
que el amor de Castilleja  
te quiere Resucitado!

## **IV.2.- La gloria del Viernes Santo**

Así como el nacimiento de Jesús de Nazaret divide la historia de todos los hombres, cristianos o no, creyentes, agnósticos o ateos, en un antes y un después, la vida de Castilleja de la Cuesta se mide por la plenitud de un día que esperan con impaciencia sus hijos para después centrar los recuerdos de todo un año: el Viernes Santo.

Vivir un Viernes Santo contemplando el misterio profundo del entierro, del Santo Entierro, de Nuestro Padre Jesús de los Remedios, bajo el manto protector de la Soledad de María Santísima, es para un “colorao” la antesala de la Gloria. Una gloria que se siente en el alma y que se comparte con los presentes y con los ausentes, con los vivos y con los muertos.

El Viernes Santo se vive en las casas con la presencia y la alegría de toda la familia, con el pellizco de las ausencias, con palabras y con silencios cargados de emoción.

El Viernes Santo se vive en la calle, haciendo guardia en los alrededores de la Plaza a las benditas imágenes de nuestra devoción; y se vive en la Iglesia de Santiago donde, sin solución de continuidad, se pasa de admirar el portentoso manto de las hermanas Antúnez o la más hermosa corona que labraron los ángeles en el taller del maestro Marmolejo, a fijar los ojos en el divino rostro de quien por regalo de Dios y cuidado de quienes nos precedieron en la fe, es Reina de Castilleja de la Cuesta durante los últimos quinientos años.



El Viernes Santo se vive hondamente, cristianamente, con el desgarramiento de los textos de la Sagrada Escritura que nos llegan durante los Santos Oficios:

“Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he contristado?, ¡respóndeme!”.

Y la voz poderosa del Señor parece levantarse de su tumba y llamar en nuestros corazones buscando que los abramos de par en par a una vida limpia, sin pecado, llena de su Gracia y de amor por los hermanos.

Y el Viernes Santo se vive de una manera irrepetible en la Estación de Penitencia, en la que toda Castilleja participa. Nazarenos, costaleros, músicos, mantillas, la Verónica, la Fe, tanta y tanta gente abarrotando las aceras. Y las saetas de Antonio Oliver “Chicorro”. Y las de Luis. Y las de Rosario Cabrera Lerma.

Pero corremos el peligro de no aprovechar la presencia en nuestras calles, llamando a nuestros corazones, del mismo Dios, cuando el Señor de los Remedios y la Madre soleana nos están pidiendo que los acompañemos en el duro trance de amor y de salvación de esta tarde noche irrepetible.

La tarde del primer Viernes Santo de la historia, aquel Jesús de Nazaret que pasó haciendo el bien entre todos los hombres, aquel hijo del carpintero que sólo predicó el amor y la paz, aquel que no tenía ni dónde reclinar la cabeza, aquel Dios y hombre verdadero que sanaba a los enfermos y perdonaba los pecados: aquél a quien vendieron y negaron sus propios discípulos; aquél injustamente condenado a muerte y muerte de cruz; aquél al que crucificaron entre dos ladrones y al que dieron a beber hiel y vinagre; aquél al que alancearon incluso después de muerto; aquél a

quien enterraron de caridad José de Arimatea y Nicodemo; aquél mismo y en aquellos mismos momentos, nos tenía ya presentes a todos nosotros, a ti y a mí, para entregar hasta la última gota de su sangre por nuestra salvación.

Por eso, nuestra Estación de Penitencia tiene que tener, en primer lugar, una oración profunda de gratitud a Nuestro Padre Jesús de los Remedios. ¡No cabe nombre que mejor abarque cuánto esta sangre derramada logra por nosotros!; no cabe ni mejor ni mayor Remedio para todas nuestras desgracias que esta Gracia que nos consigue la sangre redentora que brota de su costado abierto.

No cabe más cercanía, ni mayor compromiso, ni más completa liberación que las que nos llegan con la misericordia infinita de ese corazón inerte que pronto será gozo y resurrección.

Y junto a la oración, el arrepentimiento y el propósito de ayudar a Cristo ayudando al hombre necesitado.

Las Hermandades de la Soledad tuvieron desde sus orígenes bien presente que esta muerte es signo de Vida Eterna, y por eso contaron como fundamental estrambote de su fe pública, con actos conmemorativos de la Resurrección. Y porque Cristo vive, y porque Cristo vino para que todos tengamos vida y vida abundante, quiere que tu y yo resucitemos a una vida en Gracia y que ayudemos a resucitar a los demás hombres y mujeres, hermanos nuestros.

Por eso, Señor del Santo Sepulcro, queremos ser tus cirineos para llevar la cruz de tanto hermano caído.

Señor del Santo Sepulcro  
con el agobio del peso  
de tanta inocencia tuya  
y tanto pecado nuestro;  
Señor que rindes tres veces  
el morado sacramento  
de tu cuerpo y de tu sangre  
contra la cárcel del suelo;  
Señor para siempre unido  
al estigma de ese leño  
que es desde entonces victoria  
y seguro seguimiento;  
Señor de buenos y malos  
que enciendes el firmamento  
con el sol de tu clemencia  
para los malos y buenos;  
Señor que has muerto en la Cruz  
y que quieres nuestro empeño  
por sostener al hermano  
que naufraga en el sendero;  
Señor del Santo Sepulcro,  
Resucitado, en los Cielos,  
a quien pedimos, deudores,  
la plenitud de tu Reino;  
danos la gracia de ser,  
hombro con hombro, costeros  
de tanta ilusión perdida  
que necesita el aliento

y la fuerza y la esperanza  
de una mano y de un consejo;  
Señor que sabes de engaños  
y de besos traicioneros,  
y del espino en la frente  
y del látigo de fuego.  
Infúndenos el espíritu  
como un vigoroso viento  
que nos haga renacer  
y llegar hasta el enfermo,  
y hasta el parado y el pobre  
y el que se droga y el preso  
y el solo y el que no tiene  
ni el amor ni el alimento;  
que lleguemos a su lado,  
y que a su lado inclinemos  
como una cruz nuestra ofrenda  
sobre el altar del consuelo.  
Y al llegar hasta el hermano  
con nuestros brazos abiertos,  
sin necesitar palabras,  
con la emoción y el silencio  
y contando con la ayuda  
del Señor de los Remedios,  
practicar la caridad  
del único mandamiento  
con un: ¡Levántate y anda  
que está aquí tu Cirineo!

El cuerpo desmadejado y roto de Cristo vuelve a entrar en Santiago, dejándonos la lección de su sacrificio definitivo, de su entrega total.

La vida de Jesús, desde la humildad de Belén hasta la soledad del sepulcro, es un rosario de donaciones. Él mismo es, en esencia, la donación al mundo del propio Dios. Un Dios cercano, un Dios comprometido con nuestra salvación, un Dios liberador y un Dios misericordioso.

Y enfrente de este Dios hecho hombre, manifestación plena del Amor del Padre y modelo del hombre nuevo, tantos Herodes, tanto fariseo y tanto Judas; y el desprecio, y el látigo, y la caña y la desnudez. ¡Y hasta el beso en la mejilla!

¡Cómo le hemos puesto a la Virgen de la Soledad, en un Belén de vuelta diferente, al Hijo de sus entrañas!

Tantos Cristos convertidos en piltrafas humanas, en el suelo y en la cruz. Cristo caído cada vez que nadie ayuda a levantar al hermano. Cristo despojado de sus vestiduras en el cristiano que necesita del cristiano. El Cristo que pasa de moda porque ya no ayuda a hacer carrera, porque no se lleva la autenticidad evangélica, porque es la hora de lavarse las manos, de arrancarse incluso la piel manchada con la sangre de los más débiles. La hora de azotar, de escupir, de herir en la cabeza, de dividir los vestidos, de rifar la túnica del prójimo. Y hasta la hora de atreverse a increpar al justo: “Tú que destruías el templo en tres días, ¡anda!, ¡baja!, ¡sálvate a Ti mismo!”.

Y frente a esta suma de actitudes cobardes que a diario nos retratan, cada Semana Santa el aire de la Plaza nos muestra este Cristo muerto para

que tu y yo tengamos vida. Y se produce el mismo milagro de aquel primer Viernes Santo: la luz del cielo de Castilleja se rasga en dos partes, de arriba abajo. Tiemblan los corazones de los niños, se conmueven las miradas, se abren balcones, muchas almas de santos que habían muerto por el pecado resucitan a la vida de la gracia y con emoción se muestran a muchos. Y hasta la gente más distante, profundamente impresionada, exclama: “¡Verdaderamente, éste era Hijo de Dios!”.

Y es que en este ambiente de duelo y de fracaso, se está fraguando la primavera definitiva de la humanidad, se siembra la semilla del hombre nuevo.

Cristo, a punto de resucitar para siempre, proclama la verdad desnuda de su sacrificio: la verdad de su Reino. La Fe no es una escritura de propiedad, un título de algo que se hereda, sino una victoria diaria, un mérito permanente conseguido por su sangre redentora. Por eso, viendo nuestras manos vacías de buenas obras, resuenan en nuestro interior las palabras del hijo menor, del hijo pródigo que dilapidó su herencia: “¡Me levantaré e iré a mi Padre...!”.

Y con esta confianza infinita en el Santísimo Cristo de los Remedios, elevamos el clamor de nuestra súplica:

“Señor, abre nuestros corazones y nuestro entendimiento y graba en nuestro pensamiento, en nuestras palabras y en nuestras obras el contraste de tu buena nueva”.

“*Ante* el ansia de poder: un Reino de servicio;  
*ante* el deseo de tener: un Reino de pobreza;

*ante* la pasión por disfrutar: un Reino de entrega y amor;  
*ante* la injusticia de las situaciones creadas: un Reino de justicia;  
*ante* la mentira: Tu Reino de verdad;  
*ante* la violencia y la guerra: Tu Reino de paz;  
*ante* el odio y la enemistad: Tu Reino de fraternidad;  
*ante* las ataduras y los condicionamientos: Tu Reino de libertad;  
*ante* la explotación del inocente y el aborto: Tu Reino que es Vida”.

Que no volvamos a caer en la tentación de las frases hechas, construidas de espaldas a tu Evangelio:

“El que me la hace, me la paga”. “Yo perdono, pero no olvido”, cuando Tú nos mandas poner la otra mejilla y amar al enemigo.

“La Iglesia es la Iglesia y el negocio es el negocio”, cuando sabemos por tu palabra que no se puede servir a dos señores.

“Feliz el que tiene, el que se harta, el que sabe vivir”, cuando enfrente está la fuerza de las bienaventuranzas y la felicidad de los pobres, de los humildes, de los misericordiosos y de los que buscan la santidad”.

“Señor, graba en nuestros corazones tu ley del Amor: amar a todos como a nosotros mismos, como Tú nos amas, como nosotros queremos amarte a Ti”.

¡Cuántos hermanos nuestros trataron de vivir el compromiso y la alegría de esta fe! Gente como Felícita, o Manuel Rosales Villadiego, o el Niño Isidora, o Antonio Luque el Chiquitín, o María la del Arco.

Con el sentimiento profundo que anima la sangre, la Castilleja de vuestros mayores, busquemos los orígenes de tanta gloria evocando la antiquísima tradición del Descendimiento del Señor.



### **IV.3.- Una hermosa tradición**

En 1575 el templo de Santiago pasa a tener sus tres naves actuales y, junto a esta Iglesia, en la “plaza mayor” de la fe del Aljarafe, comienza por entonces la ceremonia del Descendimiento.

Sólo unos años antes, en 1567, se habían aprobado las Reglas de nuestra Hermandad de la Soledad, y a través de los siglos nuestros antepasados pusieron en el atardecer de cada Viernes Santo su más sentida devoción en el sermón de la Plaza para el Descendimiento de la Cruz.

En los inventarios de la Hermandad que se conservan aparecen registrados los diversos elementos que usaban y que definen claramente el contenido de la ceremonia:

- La Cruz del Descendimiento con sus atributos.
- Dos escalas para dicho Descendimiento.
- Tres potencias de plata.
- La corona de espinas de junco marino.
- Un sudario de seda blanca.
- El rótulo.
- Los clavos de la Cruz.
- Un martillo de hierro.
- El Púlpito para el Orador.

Permitidme que actualice, aquí y ahora, esta hermosa tradición soleana y que nuestra Reina de Castilleja presida de nuevo esta antiquísima devoción en honor de quienes nos precedieron.

Tal como recoge el excelente historiador y hermano nuestro Juan Prieto Gordillo, en su magnífica obra “La Hermandad de la Plaza de Castilleja de la Cuesta 1370-2000”, la tarde la Viernes Santo se procedía en la Plaza a descender el cuerpo crucificado del Señor de los Remedios, mientras un sacerdote pronunciaba el Pregón del Descendimiento de la Cruz.

Dos frailes o dos hermanos, representando a José de Arimatea y Nicodemo, despojaban al Santísimo Cristo de los atributos de la Pasión y tras descenderlo de la cruz entregaban su cuerpo a la Verónica y a las Virtudes que lo llevaban a su Madre de la Soledad.

Como un homenaje a quienes durante siglos explicaron tan emotivamente este trance desgarrador de la Muerte de Jesucristo, el pregonero actualiza, aquí y ahora, las líneas maestras del Sermón.

Madre de la Soledad:  
desde hace ya cinco siglos  
la Plaza se vuelve Monte  
Calvario, madero frío,  
Cristo muerto por amor  
y varones desprendidos  
que van a desenclavar  
el cuerpo de Jesucristo.  
Comience el descendimiento  
y que dos hombres sencillos  
suban por las escaleras  
que llevan hasta el patíbulo  
del mismo Dios hecho hombre

y por los hombres vendido.  
Que tomen entre sus manos  
el contradictorio título  
que escribió Poncio Pilatos:  
Jesús, rey de los judíos.  
Que José de Arimatea  
y Nicodemo, discípulos  
del nazareno, le quiten  
esa corona de espinos  
que se le clava en las sienes  
de los pensamientos limpios.  
Que José y que Nicodemo  
alcen ese clavo frío  
que crucifica la mano  
derecha de Jesucristo.  
Que le quiten ese clavo,  
el que a golpes de martillo  
sujetó la mano amiga  
de ciegos y de mendigos,  
¡la mano que acarició  
la cabeza de los niños!  
Y libren la mano izquierda  
que cambió el agua por vino  
en las bodas de Caná  
y que los campos bendijo.  
La mano que perdonó  
setenta veces lo mismo  
y dio de comer a tantos  
el pan de su sacrificio.

Que desclaven esos pies  
que anduvieron los caminos  
desde Belén de Judá  
al Monte de los Olivos.  
Esos pies que recorrieron  
como emigrante el Egipto.  
Pies que fueron tras la oveja  
que el pecado había perdido.  
Esos pies atravesados  
por el clavo y por el grito  
despiadado de la gente  
que contempló el deicidio.

Mientras Jesús, en silencio,  
lanza un último suspiro  
y eleva la voz al Padre  
encomendando su espíritu.  
Se ha roto el velo del templo  
cuando cesan los latidos  
del corazón generoso  
que por dar, se dio a sí mismo.  
Muestren a la madre sola  
el cuerpo muerto del hijo.  
Y vuelva luego a la urna  
donde quede recogido  
hasta que llegue gloriosa  
la mañana del domingo.  
Ya se siente Castilleja,  
en el aire tenue y frío

de la noche más sagrada,  
marco de cal y de alivio  
para el dolor de María  
en el Entierro de Cristo.  
Presida la cruz de guía  
con los brazos extendidos  
en un abrazo de plata  
sobre el blanco caserío.

Que la Verónica muestre  
el rostro de Jesucristo  
grabado en sudor y sangre  
en blanco paño de lino.  
Y salga Dios a la calle  
pregonero de sí mismo,  
desde un silencio de muerte  
que sobrecoge el espíritu.  
Que un golpe de plata eleve  
el paso de flor y cirio,  
de oro y de plata, y de arte  
y de bordados prodigios.  
Y la voz del capataz,  
con emoción y con mimo,  
entone “Al Cielo con ella”  
en un piropo encendido  
a la Virgen más hermosa.  
¡La que tiene el señorío  
sobre todo Castilleja  
por los siglos de los siglos!

¡La Soledad de la Plaza  
rodeada de sus hijos!

## **V.- ANTES QUE A NADIE A TI**

Los cielos del Aljarafe, amurallados de olivos, diluida en su brisa la cal de las espadañas, presiden en los días más grandes de la Semana Santa esta devoción soleana tan arraigada a la Madre.

Desde Albaida nos llega la tarde del Viernes Santo junto al yacente Santísimo Cristo de los Afligidos; le sigue Bollullos de la Mitación, con la madre sola del Santísimo Cristo del Amor; en Benacazón, con el Santo Cristo Yacente, tras el Sagrado Descendimiento del Lunes Santo; como en Coria del Río, Cristo Yacente ante la Soledad de la Madre; y en Pilas, con su Santo Entierro, igual que en Olivares con los nazarenos blancos de cola rizada.

El Sábado Santo serán Huévar, Sanlúcar y Coria del Río quienes cierren este rosario devocional que tiene como alta referencia el nombre que da nombre al mayor número de Hermandades de Penitencia que se titulan con advocaciones de la Madre: la Soledad de Nuestra Señora, tradición en la que es adelantada y referencia Castilleja de la Cuesta.

Esta devoción tan sentida en toda la hermosa comarca, reclama respetuosamente el reconocimiento de una Coronación Canónica en la efigie más antigua de todas, nuestra Soledad de la Plaza Mayor del Aljarafe, por cuyos tres arcos de gloria pasó el año pasado como Reina de un pueblo que la venera desde hace ya cinco siglos.

Entendemos bien a qué y a cuánto nos obliga una petición de este tipo. Bien sabemos que antes de ese acto solemne es preciso adornar a la Madre con la Corona de nuestras oraciones y con la Corona de más

quilates: la de nuestra caridad para todos y de una manera especial para los más necesitados.

Y siempre, con el prólogo obligado por los mismos Evangelios de la Corona de la paz y de la reconciliación entre todos, sean del color que sean, porque como nos dice el mismo Señor de los Remedios: “Si en este instante solemne de la caridad fraterna, alguno tuviera desacuerdo con su hermano, corra a él, humíllese y pídale perdón y vuelva luego para colocar su ofrenda sobre el Altar”. ¡Y vuelva luego para colocar la corona de oro sobre las sienes purísimas de Nuestra Señora de la Soledad!

Con estos deseos, queremos despedirnos de la Madre:

Aquí tienes, Señora, el amor de Castilleja, la devoción de tus hijos en el altar de la Plaza.

Aquí tienes la ofrenda de tantos corazones que ya te han proclamado como su Reina y como su Soledad Coronada, y que piden para Ti este honor y esta gloria, por ser la más antigua devoción cofradiera de Castilleja.

Ya guardamos la cadenita rota, los pasadores que casi no se usan, el pendiente deshermanado o el viejo anillo de bodas de quienes ya no están entre nosotros; que no queremos para tu corona otro oro que no sea el que estuvo tan apegado a nuestros corazones.

Ya esperamos escuchar, desde el Casino antiguo, la voz de Luis cantando la saeta de tu coronación, mientras desde el cielo una multitud de buenos soleanos (José Perona, Antonio Rodríguez Camacho, el Niño de la



Venta, Manuel Rodríguez Sánchez, Joselito y Baldomero el Carbonero, entre otros muchos) lloran de alegría.

Pero, con la condición de ofrecerte antes el oro de nuestros corazones llenos de amor a los demás.

¡Ayúdanos, Madre, a merecernos tu Coronación!

Soledad de Castilleja,  
de los Cielos Generala,  
¡la devoción más antigua  
y la hermosura más alta!  
Ante tu altar nos postramos  
y, rendidos a tus plantas,  
pedimos tu bendición  
para alzar esta plegaria.

Señora, Tú que conoces  
nuestros pensamientos, cambia  
nuestros duros corazones  
por tus benditas entrañas,  
¡que para ser de los tuyos  
con pregonarlo no basta!  
Ser “colorao” de veras  
es tener el alma blanca  
y vivir la caridad  
que Jesucristo nos manda:  
el hombro de cirineo,  
la mano samaritana,

y como norma de vida  
ocho bienaventuranzas.  
Soledad de Castilleja,  
Reina y Madre de la Plaza,  
danos la gracia de ver  
tu santidad coronada.  
Que lo pidan nuestras voces  
si nuestras vidas cristianas  
dan de verdad testimonio  
con hechos y con palabras.  
Tú no quieres más coronas  
porque a Ti no te hace falta

más oro que el que reluce  
en una limpia mirada.  
¡Tú nos quieres a nosotros,  
a tu hijos de la Plaza!  
y nos pides el amor  
hacia todos; ¡que no haya  
divisiones en el pueblo  
detrás de una cruz alzada!  
¡Que tu nombre sea bandera  
sólo si de Amor se trata!  
Y así, vale esa corona  
del oro de nuestras lágrimas  
y de nuestras alegrías  
y de nuestras esperanzas.  
Soledad de Castilleja,  
pastora de nuestras almas,

Virgen de los Reyes, reina  
de tu gente soleana:  
mientras llegan los quilates  
del oro que el arte labra  
aquí tienes a tus hijos  
“coloraos” de la Plaza  
que, ante tu efigie “con pena”  
te elevan esta plegaria

para consolar el llanto  
de tus mejillas de nácar:  
¡Madre del Señor y nuestra!  
¡pastora de nuestras almas!  
¡Virgen de los Reyes, Reina  
y celestial Generala!  
¡No llores! ¡Que no estás sola,  
que tus hijos te acompañan  
y Castilleja te quiere  
su Soledad Coronada!

AMÉN.